

El duende

Esta narración se encuentra fielmente prendida a mi memoria, ya que considero que fue la primera que se me quedó fija en mí, de esas charlas de espanto que de niño se platican y forma parte del álbum de mis recuerdos. Fueron varias las veces que la escuché en labios de mis hermanos y de mis primos que hoy la quiero compartir

Durante muchos años vivimos en un rancho localizado entre los límites de Oaxaca y Chiapas, cuyo nombre, que aun conserva es el de "Humoa". Ahí fue donde pasé los primeros años de mi infancia, rodeado entre árboles de hojaman, sauces, chileamate, los ricos nanches, entre otros. Entre el canto de los grillos, sensontles, chachalacas, y otras aves. Su geografía, compuesta por varias montañas, forma parte de la tierra Madre del Sur. Por su altitud sobre el nivel del mar se considera en clima fresco principalmente durante la noche, con lluvias frecuentes durante el año. Una vasta vegetación constituye su gran riqueza ya que existen gran variedad de árboles que son presa de los taladores, como son la caoba, cedro y pino, al igual es muy variada su fauna, llegándose a considerar un sitio propicio para los cazadores.

Mi hermano Marcial, el quinto de los siete hermanos que somos de familia, tendría aproximadamente la graciosa edad de cinco años, según referían unos y alegaban otros, le gustaba jugar como todo un niño, pero tenía cierta afición principalmente por las canicas, y le gustaba aislarse de mis demás hermanos, así que siempre se encontraba jugando aparentemente solo.

Vivíamos en una casita de otate y sus paredes tapizadas lodo, entrelazados los otates por bejucos, el techo de tejas, el piso de tierra. A escasos 20 metros corría el arroyo, con su agua cristalina y fresca, protegido por una muralla de guchumes, árboles de papause y ciruelo que también crecían cerca de sus bordes.

Al llegar a la casa lo primero que uno veía era una mesita de madera que estaba en el corredor, tenía una medida aproximada de un metro cuadrado, solamente eran tres sillas muy pesadas las que la completaban, era ahí donde nos sentábamos a comer, siempre listo estaba el pumpe de agua colgado de una horqueta que estaba en la entrada, y que mi papá llevaba a sus recorridos, luego a la derecha estaba el horno. El horno estaba enterrado, y era ahí donde mi mamá hacía las memelitas y los totopos, a los que les untábamos nata y miel de abeja, o simplemente limón y sal, una vez que habíamos bañado en aceite las memelitas, también formaba parte del mobiliario, un tapesco en donde guardaban los sartenes, las ollas. El tapesco normalmente se usa para que duerman las gallinas, pero a veces no teníamos gallinas, entonces, servía para guardar los escasos trastes de cocina de mi madre. Cuando llegaba mi mamá a tener gallinas las cuidaba mucho, porque eran fácil presa de los animales. Hay un carnívoro que era conocido como la *onza*, cuando andaba por los alrededores, provocaba que se alborotara el gallinero, los pobladores del sur le llama *onza*, la verdad, nunca me tocó ver una, pero me cuenta mi padre que así se llamaba el animal que se las comía, es muy parecido al gato montés, otros animales que se comían las aves eran también el tejón, el mapache, a veces se metían hasta la casa para comerse las aves. Al entrar a la casa se empujaba un pedazo de tabla, entraba uno a la única habitación de la casita, se constituía de un solo cuarto, entrando se topaba uno con la hamaca de mecate, de esas que tejen los presos de la cárcel de Juchitán, luego estaba una cama de mecate a la que le poníamos como colchón un petate, y era donde todos nos acomodábamos para dormir, a veces tendíamos un petate, o el catre, completaba el cuarto una artesa en donde vaciaban la leche, se reposaba donde unas horas, luego le echaban el cuajo y una vez que estaba lista se separaba el suero de la leche y se empezaba a amasar, y hacía mi papá el queso para luego darle forma cuadrada en un cincho.

Mi mamá que todo el tiempo se pasaba ocupada, ya sea lavando, haciendo requesón, leñando, se le hacía raro, ya que no perdía detalle, con lo que nos pasaba que a mi hermano cada vez llegaba con más y más canicas y al interrogarlo le preguntaba donde tomaste tantas canicas, Marcial contestaba que - jugando con su amigo, y mi mamá insistía, - quien es tu amigo?. Marcial contestaba que su amigo traía una gorrita de muchos colores, pero nunca le había dicho su nombre, sucedió que un día mi mamá se lo

contó a mi papá y a los dos les entró la curiosidad por saber como obtenía las canicas y decidieron un día seguirlo y se agazaparon atrás de una roca muy grade que estaba rodeada de unos matorrales que a la vez impedían tener una adecuada visibilidad por lo que desde el lugar en donde se encontraban únicamente alcanzaban a escuchar la voz de mi hermano el cual parecía que tenia un dialogo muy entretenido con otra persona pero sin alcanzar a escuchar voz alguna.

Decía mi hermano: -me toca tirar a mi (risas), había una pausa, luego hablaba nuevamente –chin, no le pegue. –No, no, voy yo, decía Marcial. Quedaba un espacio de tiempo, como cuando uno platica con otra persona y le da tiempo para que hable. Mis padres asustados porque creían que mi hermano se estaba volviendo loco decidieron acercarse y saliendo de manera sigilosa del escondite en que se encontraban, en tono fuerte le gritaron a mí hermano – Marcial, con quien estabas hablando. A lo que el respondió con la más placida calma, -con mi amiguito,- y donde esta tu amigo?, Le pregunto mi mamá, - dijo orita va a regresar. Grande fue la sorpresa de mis padres al observar la gran cantidad de canicas que se encontraban en disposición tal que daba la impresión efectivamente que se encontraban jugando dos personas y no acababan salir de su asombro, cuando otra cosa les llama la atención de sobremanera, notaron que junto a las huellas de mi hermano estaban otras huellas, eran muy notorias puesto que las impresiones de los zapatos eran diferentes. Se miraron a la cara y notaron que las huellas de mi hermano tenían una dirección y las otras eran en sentido contrario, es como si todo el tiempo el otro “niño” , caminara siempre frente a mi hermano. Prosiguieron con su interrogatorio, - y hacia donde se fue tu amigo, -pa’lla, dijo señalando una dirección, y al dar unos pasos mi padre, observo la presencia de las huellas como de quien camina en sentido contrario, las siguió hasta cierta distancia pero como empezó a correr un viento helado estas se fueron desvaneciendo. Marcharon los tres en dirección a nuestra humilde casa, solo había silencio en mis padres, mi hermano insistía en querer jugar nuevamente con su amigo.

Mis padres todavía sin llegar a comprender la serie de eventos que habían observado, aún no podían articular palabra alguna. Se encontraban sentados en la pequeña mesa tomando café con pan, cuando de manera súbita mi hermano es el que empieza hablar, y dice –mira apa’ allá esta, me esta llamando, quiso levantarse pero mi padre con su mano lo detuvo, mi madre nada más observaba muy tristemente la escena, y dejo escapar de sus ojos unas lagrimas al pensar que a su pequeño hijo se lo quería llevar el duende. Mi hermano con la mayor naturalidad del mundo, la cual es manifiesta a esta etapa de la vida, en ese mismo momento se olvido el incidente, fue llevado al pueblo y estuvo durante muchos años al cuidado de mis abuelitos.